

¿PUEDE EUROPA PRESCINDIR DE LOS AMERICANOS?

(S) I es preciso, retiraremos nuestras tropas estacionadas en Europa...». Esta frasecita, pronunciada en un tono duro por Nixon, en Chicago, el viernes 15 de marzo, bastó para sembrar el pánico. Cuatro días más tarde, el británico James Callaghan, ministro de Asuntos Exteriores, reafirmaba públicamente, ante los Comunes, su fidelidad para con el hermano mayor americano. Al día siguiente, dentro del mismo espíritu, el ministro alemán de Finanzas, Helmut Schmidt, se trasladaba urgentemente a Washington para suplicar: «¡No os las llevéis!», y prometer a cambio: «Pagaremos...».

¿Es acaso tan grave la amenaza? Esos trescientos mil GI's que continúan acantonados en Europa a los casi treinta años de acabada la guerra, ¿quiénes son? ¿Qué función cumplen? ¿Pueden ser devueltos a su país en su totalidad o en parte? ¿Que ocurriría en tal caso?

Vayamos por partes. En primer lugar refirámonos a su volumen: de las trece divisiones que componen actualmente el Ejército de Tierra norteamericano, cuatro (¡un tercio!) están estacionadas en Europa. De los 2.250.000 hombres que forman la totalidad de los Ejércitos estadounidenses, incluidos los «mannes», 313.000 están encargados de nuestra defensa. Hay 228.000 en Alemania Federal, 2.000 en Bélgica, 9.000 en España, 21.000 en Gran Bretaña, 3.000 en Grecia, 2.000 en Holanda, 3.000 en Islandia, 10.000 en Italia, 1.000 en Marruecos, 2.000 en Portugal, 7.000 en Turquía, 23.000 en la Sexta Flota y 2.000 que van de un lado para otro («Congressional Record», 23 de septiembre de 1973).

«Un cabo y tres soldados»

El «núcleo duro» lo constituyen los 190.000 hombres del Ejército de Tierra estacionados en Alemania, y que han sido sometidos en 1973 a un proceso de reorganización y «revigorización»: las tropas están actualmente compuestas en un 90 por 100 por voluntarios; se han aumentado los efectivos con dos batallones de carros, una compañía «helitransportada» y un batallón de defensa aérea suplementario; las «viejas bombas» han sido sustituidas por bombas teleguiadas por rayos laser, los misiles suelo-suelo «Sergeant» y «Honest John» han cedido su puesto a nuevos misiles ultraperfeccionados. Si añadimos a todo ello las ocho mil cabezas nucleares, situadas en algún lugar de Alemania, tendremos una visión bastante exacta de esa fa-

Nadie, ni siquiera los soviéticos, desea la salida de Alemania de las tropas estadounidenses. Y mientras los americanos sigan donde están, los proyectos euroárabes y antiamericanos de los dirigentes franceses no serán más que sueños.

mosa sombrilla atómica que los Estados Unidos extienden graciosamente —por la módica suma de siete millones de dólares anuales— por encima de las agradecidas —si no lo están debieran estarlo— cabezas europeas: protección local gracias a los armamentos nucleares tácticos, disuasión

a ver destruidos los Estados Unidos sólo por salvar a Berlín, París o Hamburgo. La sombrilla atómica americana, al perder su carácter de credibilidad, perdió también su razón de ser: tanto daba prescindir de ella. Mas, ¿cómo dejar desnudos a los europeos frente a las cincuenta y nueve

minidisuasiones para zonas marginales, que permitirían a los dos grandes «verlas venir», esperar, llegar incluso a un entendimiento, mientras que las fuerzas convencionales de la OTAN habrían de resistir ante el avance enemigo.

Para los franceses —que se negaron desde el primer momento—, e incluso para los demás europeos, que siempre se mostraron escépticos, tal esquema es inaplicable en el plano práctico. Los propios americanos lo han señalado más o menos confidencialmente en un informe publicado en fecha reciente por la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, informe que prevé la «nuclearización» rápida e inevitable de cualquier conflicto que estalle en Europa. Esa sabia «dosificación» en la respuesta peca por otro lado: es el mando norteamer-



«total» gracias a los cohetes estratégicos intercontinentales norteamericanos que podrían alcanzar en cuestión de segundos el santuario soviético y destruir las principales ciudades de la URSS. Sombrilla perfeccionada y de doble efecto. ¿Qué pide, entonces, el pueblo?

Una sola cosa: que la sombrilla se abra llegado el caso. Ahora bien, desde 1961, tal posibilidad está fuera de toda consideración. Desde el momento en que los soviéticos tuvieron la posibilidad de atomizar a su vez a Nueva York, se vio claramente que ningún Presidente americano se arriesgaría

divisiones del Pacto de Varsovia equipadas con un armamento atómico táctico no por desconocido menos evidente?

Oportunamente, la estrategia americana se inventó una fórmula maravillosa: la de la famosa «respuesta graduada», destinada a los países miembros de la OTAN. La tesis era simple, puesto que existía una paridad entre los dos «grandes» en el plano del holocausto mutuo, era preciso, bajo ese gigantesco equilibrio del terror, mantenido siempre cuidadosamente en su nivel más alto, prever igualmente la posibilidad de pequeñas respuestas equilibradas,

ricano de la OTAN el que posee, a fin de cuentas, la «clave» última del desencadenamiento atómico incluso de tipo táctico. Es él, no los aliados europeos, quien fija los plazos deseables... para los Estados Unidos. Plazos durante los cuales los países europeos, y Alemania en primer lugar, tienen las máximas probabilidades de convertirse en vastos cementerios.

¿Por qué empeñarse entonces en aplazar a las tropas americanas, a la defensa suicida generosamente ofrecida por los Estados Unidos? Los europeos de la OTAN juegan una baza totalmente dis-



De las trece divisiones que compone actualmente el Ejército de Tierra norteamericano, cuatro están estacionadas en Europa. Sólo en la Alemania Federal hay 218.000 soldados estadounidenses, pertenecientes a los distintos ejércitos.

tinta. La única de que disponen, por otra parte: la de la solidaridad de la sangre, la de la vida o la muerte de los trescientos mil GI's estacionados en Europa. Ciertamente, nadie desencadenará en Washington la alerta atómica para salvar a unos cuantos millones de alemanes. Pero, ¿y si corre la sangre americana? ¿Y si mueren los boys americanos? Ya lo dijo Foch en 1914, cuando le preguntaron qué le gustaría obtener de los Estados Unidos, país que seguía manteniéndose neutral: «Me bastaría con un cabo y tres soldados... a su lado, claro está, y preferentemente bajo una lluvia de bombas alemanas».

Desde entonces ha aumentado la cuantía de las pujas, porque es más lo que está en juego. ¿Cuántos muertos americanos son necesarios para que los Estados Unidos se sientan conmovidos? ¿Cien mil? ¿Cincuenta mil? Se filosofa, se calcula. Teniendo en cuenta que los GI's, pobres rehenes, son, a fin de cuentas los únicos elementos reales de disuasión, la única «garantía» (incierta, pero la incertidumbre también pesa) de un compromiso americano posible, se comprende el nerviosismo que provoca en Europa la mínima alusión a una posible reducción de las tropas americanas en Europa. Una retirada total es según la exclamación de un experto alemán, «¡inconcebible!».

Supongamos, sin embargo, que, bien animado por consideraciones de política interior americana, bien por un impulso momentáneo, en un gesto de mal humor, bien con el propósito de intimidar a Europa, o sencillamente por un error de cálculo, Nixon llama a casa a sus boys.

Un panorama tranquilizador

Habría, sin duda, dos «socios» arrepentidos, de los cuales el que más molesto se sentiría no tendría por qué ser forzosamente el que nos imaginamos. Está claro que abandonando militarmente a Europa, Estados Unidos se privarían a sí mismos de un importante triunfo político en la alianza conflictiva Este-Oeste, y perderían, sin lugar a dudas (Kissinger lo ha señalado recientemente), una zona-tampón nada despreciable. Pero, en fin, se trata de Europa y no del «santuario» americano, que, éste sí, sigue defendido por el gran *Kriegspiel* del suicidio final. Extremando las cosas, las exigencias de una nueva definición del papel mundial de los Estados Unidos, que ya parece estar madurando en Washington, podrían justificar un «desengrase» de hombres, ya que no una retirada total.

El problema es más complejo

si cabe para la URSS: la presencia masiva de militares americanos en Europa justifica el que Moscú mantenga en sus glaciés del Este, incesantemente expuestos a los riesgos de fisuras por deshielo, un arsenal, efectivos, armamentos que, de otro modo, a uno le extrañaría encontrarse en Polonia, Alemania Oriental o Checoslovaquia. En fin; mientras dure esa situación, la Europa de la OTAN no puede sino sufrir, pedir y no organizarse, y mucho menos trastornar los datos adquiridos. Para un país que parece preocuparse antes de nada de la continuidad y la estabilidad —ya se está viendo en la conferencia europea sobre seguridad—, continuidad y estabilidad por lo menos en su ala occidental, ese panorama no podría ser más tranquilizador, y sería absurdo que pretendiesen trastornarlo ellos mismos.

Pero debe existir al mismo tiempo otra tentación, la del movimiento, la de la expansión triunfante. En el Próximo Oriente, en el Mediterráneo oriental, en el océano Índico, una nueva e imponente flota soviética quisiera respirar los vientos de alta mar. Por otro lado, los soviéticos disponen, al igual que los americanos, de cohetes de cabezas múltiples.

En estas condiciones, ¿por qué aceptar eternamente la molesta presencia en Europa de un bastión americano? La perspectiva

de disfrutar en Centroeuropa la calma chicha de una zona neutralizada, si no finlandizada, puede tentar a la larga...

Todo dependería entonces de la reacción alemana. En efecto; en el supuesto de una retirada brutal o total de las tropas americanas, Alemania sería evidentemente el más afectado de todos los países europeos. Gran Bretaña y Francia tienen o creen tener su propia capacidad de disuasión, su pequeña sombrilla personal, que puede pesar tanto como todos los blindados soviéticos en la balanza de las amenazas comparadas.

Mientras que los dos «grandes» mantengan los compromisos adoptados con ocasión de las «Salt I», es decir, mientras renuncian a montar en torno suyo un muro infranqueable de misiles antimisiles, la minidisuasión francesa puede parecer suficiente, si no para inspirar temor, por lo menos para apoyar una determinada política. Pero, ¿y Alemania?: Alemania, que no tiene la mínima arma nuclear; Alemania, que sólo cuenta con once divisiones, que no son sino complementos de las fuerzas norteamericanas; Alemania, que habría de hacer frente desnuda a lo impensable; Alemania, a la que todavía obsesiona el espectro del ejército Rojo. ¿Qué haría Alemania?

«El primer paso —dice un experto alemán— consistiría en organizar junto con Francia y Gran Bretaña una cierta comunidad europea de defensa. Gestión difícil, tal vez imposible de llevar a feliz término; en todo este asunto, cada cual tiene sus fantasmas. Francia, Gran Bretaña, el mundo entero, soñarían con maniatar al viejo enemigo. En tal caso, ¿por qué no elegir al propio amo entre los más poderosos? Un segundo movimiento, previsible, arrojaría a Alemania hacia la URSS. No como un satélite, sino como un posible socio, dispuesto a comprar al precio fuerte una seguridad más o menos relativa, a pagar en cooperación económica y en ventajas políticas una benévola y segura neutralidad soviética. ¿Por qué no?».

Esta sencilla evocación marca los límites del juego. Un pacto URSS-RDA-RFA es, evidentemente, algo que todo el mundo teme, el punto de ruptura pasado el cual todo el continente bascularía, lo que nadie, y menos que nadie los Estados Unidos, puede aceptar. Desde el punto de vista militar, los países de la OTAN no pueden renunciar a la coartada americana. Desde el punto de vista político, los Estados Unidos no pueden abandonar a Alemania. Decididamente, las tropas americanas se quedarán en Europa. El *Kriegspiel* no sucederá. ■ JOSETTE ALIA.